
—ENDYMION—

Alfonso Vallejo

FUEGO LUNARIO



—Editorial Ayuso—

© Alfonso Vallejo
ISBN: 84-336-0302-7
Depósito legal: M. 15997-1988

Diseño y maquetación: Francisco Ortiz Cuadrado

www.novtiz.es
e-mail: comercial@novtiz.es

Fuego lunario

Alfonso Vallejo

PRÓLOGO

En este libro quedan encerrados doce años de poesía. Sus páginas están constituidas por múltiples temblores del espíritu que bajo forma de emociones, quebrantamientos de la sensibilidad y adelantamientos de la inteligencia, han ido surcando mis tierras interiores durante todo este tiempo, fertilizándolas.

Y aquí ha quedado su huella, sus sombras y cicatrices, sus penumbras y rabiosas luces. Y han quedado en forma de palabra.

El lenguaje ha brotado de lo más profundo de mí, explotando a veces, convirtiéndose en chorros de sonidos en movimiento, incluso en neologismos, arrastrándome. Pero también, a veces, sibilinamente, con el implacable equilibrio doloroso del bisturí.

Algo es indudable; cada una de las letras aquí impresas está sujeta, a sí misma, era imprescindible para construir aquella palabra. Y aquella palabra para configurar mi propia esencia de ser vivo. Soy yo. Mis entrañas.

Por eso, todo lo que en este libro ha quedado encerrado me es necesario. Cada una de sus páginas representa un trozo de mi vida convertido en papel. Existen. Existo.

Ahí van.

ESPACIO INTERIOR

Ha llegado la noche;
ha llegado el momento del aire muerto
sujetándolo todo
con tuercas invisibles y tornillos secos.

Ha llegado el silencio
como un instrumento
de aguas temblorosas
y pájaros internos,

como una explosión de tierra
y polvo de recuerdos.

Ha llegado la noche
latiendo
con sus silvos irreales,
su temblor
y su silencio.

Una selva de espacio
y un estanque de sonido, una fuente frondosa
y una marea de zumbidos

Una playa jeroglífica
y una línea muy recta
con labios amarillos
y dientes huecos.

La mañana es como un punto gigantesco
explotando y creciendo,
formando distancias,

transcendiendo.

Como un punto sin fondo
haciéndose claridad muy blanca,
ocupándolo todo
como un punto gigantesco.

Mi bola de vacío,
esa mi última esfera
con estrellas en carne viva.

Y el espacio de estas bocanadas
con sus sílabas enteras,
el cuerpo mismo
con su clavo ardiendo,
hinchando sombrero y camisa
con sus constelaciones de gritos

van a ser nada.

Ventanas ciegas, puentes sin ojos,
vehículos lentos y pesado
recorriendo y perforando los aires.

Nudos con sus cangrejos intactos,
alfombras sin manos,
paredes sin ojos,
soportando la oscuridad.

Una y otra vez lo mismo. Una y cien
y mil veces lo mismo.

El mismo pez espada,
las mismas plantas veloces,
tiernos latidos de la noche
abriendo la mañana .

Espejos sin aire
con las costillas abiertas
respirando trabajosamente.

Islas sin brazos,
paracaídas sin alas
con el alma descendente hecha ternura y dolor.

Mareas incomprensibles de congestiva fuerza,
mamíferos humanos
sujetos al espacio como mariposas malignas
por fuertes alfileres,

gritando a dos manos, con boca y puños
gritando muy alto,
como plantas vivas y feroces.

Lo nuestro va a ser de negros
y túneles. Y locomotoras .

Lo nuestro va a ser naranja y negro
y rojo
como una ciudad de manzanas.

Y va a ser muy alto
como una chimenea muy alta,
como un bosque
lleno de silbidos blancos,
verdes y rojos.

Lo nuestro va a ser un calendario
con sus fechas paradas
llenas de minutos tristes, alegres
y rojos.

Una página llena de letras hablando
silenciosamente de nosotros.

Desde algún punto, de alguna forma,
en algún momento,

aunque este desierto imposible
tengamos que hacerlo con los ojos y el oído,
como los animales,

desde algún punto,
por el último resquicio que quede
en nuestro lugar en la tierra,

tengo que hablarte.

Amanece. Escuetas ristras de luz golpean la ventana.
Huele a fuego. A membrillo y sol.
Huele a vida.

Y lentamente va creciendo en la mirada
una oscura conciencia de mar,
sudor de trepidante suelo.

Me siento vivo.
Recorro con mis yemas los costurones de mis pumas
radiante de álgida felicidad,
me someto voluntario a los dientes memoriales
de carnívoras panteras que soy, entrego mi alma a sus patas
feroces,
mezcla de nervio y acero.

Y vivo, invadido, atacado y golpeado de vida
me pongo a pensar en ti con mi sangrante alegría de hombre,
en tu aromática espesura de fresca sombra y luz.

Después oscurece. Y nocturno pasajero de la noche
contemplo la oscuridad que habito, sus astros
hablando un fulgurante lenguaje de teclas furiosas.

Respiro hondo. Huele a pájaros y frío.
Huele a vida.

Observo el movimiento de la tarde desde mi balcón.
Mi perro examina impasible mi inmóvil combustión.
Abre la boca y suda, tumbado al sol.

Víctima de una hiriente descamación interna,
sometido a la explosión de burbujas celulares,
yo permanezco quieto con mi puro entre los labios.

Siento mis lagartos, mis caimanes, el vapor de pútridas simientes
que me van comiendo,
y sonámbulo en mi transpiración de palabras,
ebrio de reptiles verbales que me llenan como un pulso de
frenéticas
raíces lanzo mi boca hacia arriba para morder tu aliento,
retenerlo entre los dientes,
mezclarlo con mis sílabas y saliva.

Mi perro, impasible, mueve la cola.
Yo permanezco quieto, con mi puro entre los labios,
observando la inmóvil combustión del humo subiendo hacia lo
alto,
como un sopor de t́
volviéndose aire
en metafísico silencio.

Una tenue claridad penetra por la persiana. Miro la oscuridad.
Fuera pasa un carro.
Mi vida se va volviendo conciencia.

Desde la nada mineral en adelante,
desde el nivel vegetal hasta la masa y la forma,
hasta el punto solar donde impera la energía,
más allá de nunca, llenándolo todo como un flujo temporal
de águilas y materia
va creciendo la conciencia, razón de sí.
acerada sensación de libido y palabra.

Examino la oscuridad desde mí, conteniendo la respiración,
como hacen las panteras.
Mar, tierra, esperma, pálpitos orgánicos,
cuerpo arborescente de playa y espacio, sólida percepción de
carbono,

memoria de plinton,
ciega percepción de sólida luz.

Veo mis pozos y almenas, siento mis espinas,
los pumas que me componen, mis presencias espectrales.
Los siento subir hacía mí como un resplandor animal,
como una gigantesca respiración de yodo haciéndose sensible,
universo de escamas, calambre de metal interno,
conciencia de vida
y luz.

A la pompa de jabón
y al árbol hueco
hoy
quiero hablarle.

A la cuchara sin mango
y a la camisa sin cuello.

Mi voz se va llenando de manchas y mi palabra de huecos,
grandes como estanques grandes,
negros como estanques secos.

Pero quiero hablarte así,
hoy

precisamente así

en silencio.

Amapolas girando por dentro,
árboles con alas
y viento.

Pan de agua ,
corazón de agosto,
quiero decirte que siento
hormigas rojas y alacranes, palmeras frías
por dentro.

Un universo móvil
con redes y plantas,
pájaros inmensos, poleas y maromas,
noctámbulos cimientos
que siento por dentro,

que es mi forma de callar hablar
y soñar
en silencio.

El espacio: escarabajos azules.

Y la noche:
distancias sin patas ni antenas.

La boca :
humo y frío.

Y la mente:
nudos de insectos.

Tú abriste el abanico para los árboles nuevos
rompiste el aire,
cerraste el viento.

Yo,
con los pies en el vacío,
callaba la garganta,
soltaba mis estrellas y vocales
con tu abanico inmenso.

Antes de lo que fue
y de lo que nunca ha sido,
antes del zumbido de la tierra sin hacer,
cuando la materia era como un gran pájaro de gigantescas alas,
me recuerdo de ti.

Antes del tiempo y del calcio, antes de los abismos
cuando el agua era como un gran sudor celeste hecho humedad,
me recuerdo de ti.

Tú estabas eternamente ahí,
temblando como un brutal temblor,
más allá de todo y casi cerca de la nada,
soñando hacia atrás, para siempre y desde nunca,
con el ruido enorme de tus raíces
vibrando .

Eras más que arena y más que fango,
eras leche hacia atrás, formando tinieblas verdes, brotando, y
campos de basalto, técnica amarilla, bilis de escorpiones,
lana, arroz, tormenta de mangos.

Yo me recuerdo de ti con mi primera memoria,
mansa, giratoria, larga y eterna, lunática y ferviente,
cuando eras yo sin mí, antes de mi nudo en el espacio. Yo me
recuerdo de ti
vida.

Cuerpo de plinton,
pato estrellado del alma mía, tú,

lago adverbial, manzana de espuma,
ven.

Abre tus manos hacia mí, luna agosto,
y tú que has nacido del sonido,
amapola de carne,
ven,
acércate sin ruido.

Haz como tú, agua nunca, planta roja,
suena tus sonidos.

Cielo septiembre, límite de barca oceánica,
enigmática presencia que existes en mí,
conmigo,
ven.

Carne de plinton, rosa lunaria, haz como tú,
abre las manos hacia mí, ven,
acércate.

Subido a la máquina que soy
hago memoria de mi desesperación;
realizo rítmicas torsiones articulares con mis pies,
cumpló con mi equilibrio y me desplazo. Ando.

Y paso a paso, pisando papeles oxidados y esqueletos
de insectos,
voy anotando en mi retina
una oceánica percepción de blanca luz,
y en creciente urgencia solar,
montando en esta ira, en este furor de vida
que me consiste,

cierro los ojos
y asisto a mi propio ser,
a mí raíz de hombre
esplendoroso accidente vivo
de la naturaleza.

Recuerdo la memoria hacia adelante, lanzada como una ola,
penetrando la memoria de nunca,
de todo lo que fue sin dejar de serlo
nunca,
como una marea unida a su propio recuerdo.

Recuerdo la tierra como un inmenso pandero,
artefacto de sal, naciente fulgor de materia
hecha explosión de sí misma, naciendo y naciendo, saltando,
vibrando
como un temblor de espacio vivo.

Recuerdo la memoria hacia siempre, lúcida síntesis de larvas y
ladridos,
tierra de naciente espacio arañado por miles de pezuñas,
retención de saliente escalofrío, concreción de nada,
vapor de vacío hacia delante.

La recuerdo cuando todavía era un voluminoso festín celular,
una orgía de signos, bostezo mineral, humo de substancia
y distancia.

La recuerdo hace tiempo, mucho tiempo, cuando mi polvo de
estrellas
se hizo germen lunar, avalancha de sol caliente
y memoria.

Salpican las ventanas organismos embrionarios,
diminutas centellas golpean la vista, salen barcos,
concluye el olor de los libros.

Ha llegado la hora del paladar blando, a ras de tierra,
el momento del punto inclinado,
de las notas suspensivas mantenidas en suspenso
cayendo en el patio
como bloques.

Ha llegado la hora de la nieve eterna
cubriéndolo todo.

Por eso
ahora
tendré que acostumbrarme a las torres puntiagudas
y a las uñas de los zorros,
al eterno zumbido de sus dientes en las tablas de mi carne,
a su aliento, a sus golpes de sangre
y al dolor de sus patas inmenas
de inmensa velocidad.

Tendré que acostumbrarme a la costumbre de todo,
al tiempo mixto de hormigas y palomas,
pistones, espirales, longitud de tierra mineral.

Ha llegado el momento de todo
volviéndose nada poco después,
haciéndose soledad de golpe
en un instante interminable
sutil
y gigantesco.

Al rubio magdaleno,
castañas y sol.

A los zapatos,
suelas de carne
y a las gorras, viento.

Sal a la marea,
y a los tirantes:
moscas.

Cal a los insectos;
a la lluvia
nieve, plantas y desiertos.

Y a ti corazón mío,
para callar tu silencio
queso, carbón y latidos, como a las ratas.

Voy a decirte lo primero,
y después lo segundo

y lo tercero.

Y después lo primero de nuevo,
y luego lo segundo y lo tercero.

Voy a empezar y a empezar a hablarte
ciegamente,
así,
eternamente una y otra vez
agarrado a mis grapas de verdor tropical
luego,
de nuevo,
después.

Dentro, casi y detrás,
casi abajo y arriba,
casi detrás y casi nunca,
de extremo a extremo,

más allá de nunca y antes de nada,
más allá del alma con sus huecos
y más allá de casi todo,

brutalmente, inconteniblemente,
como si fuera fuego
y estuviera viva,

marea de alto grado,
esplendor de garganta y casi ruido,

sale la voz,
sale viva, potente y firme,
como sí dentro, casi detrás, abajo y nunca

fuéramos de extremo a extremo
sólo sonido.

Cierro los ojos, hago memoria y recuerdo
más allá de los párpados,
montado en vehículos que circulan hacia atrás.

Oigo ruidos con perfil de madre,
veo barcos, huelo a tiempo,
algas, mar y viento seco.

Entonces, lo recuerdo,
era un campo de pereza
y era también un desierto.

Hago memoria y recuerdo
vocales que saben a ola
subiendo a la arena de la boca
rompiendo en ella.

Nosotros estábamos ahí, vibrando,
haciendo ya por vivir
entre la espuma y la tierra,
latiendo desde lo anterior, hacia adelante,
vibrando, naciendo.

Tú estabas ahí, oliendo a dulce,
hablando de la lumbre, de las plantas y la tierra.
Yo, con los ojos cerrados
escuchaba tu lenguaje blanco
de blanquísimas velas.

Pasarán los días
con sus cadenas de minutos.
Pasarán los astros
y las olas
con sus cadenas de suspiros .

Pasarán las cigüeñas y las nubes y los años,
como aviones eternos,
como mapas inmensos
sin tiempo ni luz.

Y la jungla de los bloques nuestros,
nuestros pájaros y panteras
pasarán también.

Pero pasarán por dentro, despacio,
como siglos eternos
planeando por dentro
despacio, muy despacio,
como un avión gigantesco
llenándolo todo de tiempo,
de olas, suspiros y luz.

Al hueco de la mirada
ponle hielo,
dale esquinas a la vista,
rendijas de barcos,
ojales abiertos .

A mis hormigas,
estrellas rojas;
y en mi plato
si me quieres poner algo
ponme simplemente viento.

Para lo de dentro:
altavoces sonoros,
carreras de zorros negros,
alambradas de espino, humo ,esperanza,
papel y silencio.

Para mí, para mí y para mi ropa,
fuego.

Hablo desde el dolor,
con la conciencia lisa,
a trote de caballo.

Hablo desde tu memoria, padre,
ahora que las letras de tu nombre
han vuelto al silencio de donde nacieron.

Por la acción del fuego
tu sustancia se ha vuelto energía, esencia de aire,
distancia palpitante,
espacio y tiempo.

Hablo desde el dolor
y tengo en mi retina como un punto hueco,
la acción de tu muerte,
tu vapor mineral,
tu aliento.

Yo casi hablo desde ti, padre,
desde tu adentro,
ahora que el aire ya huele a ti, a tu voz y a tu silencio
y deja sobre las ramas
tu tiempo carbonizado y eterno.

Portales al aire,
tejados al agua,
ventanas al viento.

Pondremos pan a la mañana
y a la noche
silencio,
latidos inmensos de plantas y puertas,
alambradas de insectos.

A la noche,
puntos de apoyo gigantescos
para el ron
y la espuma de las águilas.

Divisorio luz del alma mía,
manantial caliente,
saliente mañana .

Hueco somnoliento,
ardiente respiración de sueño,
piénsame como yo te pienso.

Sólido fosfato mental
sal con brutal urgencia
de mi ser hacia ti.

Vuélvete escarcha y centella,
calambre de fósforo y espacio,
hazte pensamiento mío.

Hacía frío.

Los lobos marginales iban salpicándolo todo
de dura hiel, inundándolo todo con sus aullidos veloces,
su perfil

e intensa combustión.

En la atmósfera
roces sintácticos de sintácticas presencias
y el lento hielo de la tierra subiendo
como una honda enfermedad
de aspas y suspiros .

Por la calle
hombres rapidísimos, gas, planetas
y el murmullo de la noche
con sus tuercas
mezcla de luna y potasio.

Yo pensaba en ti.

Hacía frío.

Un frío duro, constante,
casi perfecto,
que parecía decir:
invierno,
invierno.

Las palabras me van sonando en la piel,
me van brotando
como un furor de dientes caninos
o anárquico tambor de ti
que yo sonara.

Me salen de los ojos, de las manos y la vista,
aparecen ante mí, radiantes e incontrolables,
cortando eléctricamente la distancia,
fuertes y seguras.

Me crecen carnalmente de la carne
como un poderoso viento de sangre saliendo,
haciendo tiras de mí,
convirtiendo en herida cada uno de mis poros.

Venecia, malva caliente, esquirlas,
sé decirlo todo .
La palabra me protege
como leche que me fuera subiendo
en forma verbal y articulada.

Por eso, subido a mis cables, de espaldas a todo,
verifico un inquietante equilibrio con mi respiración
y de pie en mi sólido pulmón aéreo

callo.

Un dolor dulce:
cruzar Córdoba.

Un dolor suave:
amar.

Esperar ¡a mañana ,pensar ,
vivir,
hacer la oscuridad, conquistar la luz !

Y a uña de caballo,
como un regalo,
dolor para no sentir.

Paso las uñas por las hojas de la vida
que me estoy escribiendo.
Agolpo una cenital muchedumbre de esperanza.
Pido un dolor grande y eterno
como un campo eléctrico.

Pido un dolor
hecho casi como un traje
a la medida

para no sentir.

Subido a mi cápsula de aire volador
vuelo la noche vacía de distancia,
la noche compacta y sus lagartos nocturnos
de negro hueso iluminado.

Desde la nada glacial en adelante,
hacia la mañana caliente,
hacia el esplendor de lo vivo y lo naranja
vuelo mis lobos nocturnos
con mi cuchillo de silencio.

Parto la noche en dos,
la comparto con el humo del cigarro,
abriendo el aire, cortando el viento
con mi inmenso cuchillo de silencio inmenso
haciendo del espacio un organismo sangrante y dolido.

A mi alrededor
libros, lámparas y estrellas,
sombra formando luz, entrando por la ventana,
pasando por verde penumbra,
haciéndose sol.

Pienso,
medito y pienso,

sangro con sensación resplandeciente de vida.

Vuelo.

Lo repito por las calles,
lo digo por las huertas, vestido de lo que soy,
lo repito por las esquinas,
subido a las ramas y azoteas.
Penetro en las colmenas y lo digo
entre el fragor de brutales avispas,
sometido a la furia de su violencia.

Y voy a las plazas y lo repito a gritos,
con dedos y pestañas,
a pulmón abierto,
con los pies hincados en mi propia voz.

La gente, al verme así,
piensa que soy víctima de un gravísimo mal
de peces muertos,
piensan que me corren por dentro espinas
e invisibles fieras dejan sus sangrantes patas sobre mí.

Y es que me ven repitiendo lo mismo y lo mismo,
una y otra vez, con una convicción propia
de oso a pulmón abierto.

Me ven diciendo y diciendo
con los labios y ojos llenos de furioso gozo salvaje
lo único que sé decir: vivo.

¡Estoy vivo !

Soñar la noche sin ruido
y el sol de peludos planetas.
Ir a Matanceda, comer la flor pernal,

soñar.

Soñar un ansia de marino mar,
mareas de femenina sombra,
salir a las esferas, chocar con polvo floral,

soñar.

Abrir las salientes silvas,
fuentes de agua manantial,
caminos de hierba tierna,
brazos de leche frutal.

Y cumpliendo la titánica sorpresa
de ser yo mismo en ti,
con la rabia propia de un impulso alacrán,

ir a Matanceda,
montarse en champaña francés,
y con la boca entre tus piernas
soñar,
soñar.

Blanca la camisa
y el corazón negro .
El humor vítreo,
vítreo de verde amaranto.
Y el acuoso, azul,
de negro azul oscuro.

La retina, blanca,
de negra luz de Abisinia
La vista,
bajo el turco sombrero de paja organizada,
amarillo mástil, cálida compuerta.

El alma,
roja de roja desesperación,
como si fuera el único habitante de un planeta muerto.

Miro a mi alrededor.
Me detengo bajo mi sombra,
sujeto por mi propia existencia.
Toco mi piel
bajo la blanca camisa.

Existo.

En la embajada china,
vuelta la mirada hacia mi glacial exterminio,
quise hablar y no supe.

Pactalón, cora , tija, nurda.
El lenguaje había muerto.

Y lanzado sin piedad al mordisco de los virus
que hacen de mí existente realidad,
quise hablar y no supe.

Abrí la boca, moví la lengua,
encendí al galope motores calientes,
levanté mi pararrayos , incluso grité.
Pero el lenguaje había muerto.

Una hoja caía interminable, despacio,
lentamente ,
geográficamente,
rodeada de vacío verbal
hasta el suelo.
Después otra. Y otra. Y otra,
hasta que el árbol quedó seco.

Pactalón ,cora , tija,nurda.

Silencio.

Después del asalto a las caletas y el frío inmenso,
después de las mutaciones y los desiertos,
después de las aristas.

Después de los párpados sensibles,
después de la mirada cortando el tiempo, después de la noche,
más allá del extenso e interminable margen
del bisturí,

después,
mucho después.

Después de las riendas sustantivas, enjambres y fibras
saltando brutalmente de canal en canal,

mucho después,

permanece lo que ha sido
cierto, puro y verdad,
lo que ha sonado y sufrido
como suenan y sufren los hombres

después de la barbarie
y la desesperación,

después,
mucho después.

Morir en palabras sin sonido,
morir hacia dentro,
sin ruido.

El aire mismo de la voz,
sin hacerse palabra,
callándose hacia dentro .

Volúmenes de gestos perdidos,
la garganta misma huyendo de su propia voz,
tapando sus sonidos,
la expresión misma,
sin sílabas enteras,
como un gemido

muriéndose hacia dentro,
callándose hacia dentro

sin ruido.

AVENTURA FINAL

Y de pronto,
movidos por un eléctrico furor,
hacíamos del espacio un universo poblado de cuerdas,
firmes manivelas, tirantes espuelas,
con el alma lanzada al galope,
adelante, siempre hacia delante, tan sólo
guiados por la intuición de nuestro propio esfuerzo.

Y así, matemáticamente situados, atentos
al movimiento circular de círculos progresivos,
al borde de nuestra propia desesperación,
girábamos en nuestros dedos el alma de la madera,
sortilegios antiguos en digital cadencia
hecha realidad.

En las nubes: caballos de lata con baba ensangrentada
tomada de nuestro interior más negro.

En el aire: un tibio despertar, frágil como hielo verde,
túneles perforadores , silbantes, rugientes, máquinas cortadas
teléfonos y cables que nunca dejaron de ser
mensaje, proyecto de atrás adelante, aventura del ser
a la nada final.

Íbamos así de Sidney a París el hormiguero,
al Palacio de los Papas con sus estrellas caídas
como palpitos de bichos muertos, caídos a torrentes
por barandillas y almenas,
íbamos subidos en nosotros mismos
montados en un táctico corcel futuro, un extraño objeto
formado con materia sólida y sangrante, mezcla de tierra y de
fiera
que era la esencia de nuestro ser más negro e interno .

Y así, atónitos,
estupefactos ante la inmensa velocidad que cobraba
de día en día, de año en año,
de instante en instante
nuestra carrera,
cerrábamos los ojos, cubríamos nuestra cara con trapos verdes
y así, temblando,
soñábamos.

Desde Sydney a Lisboa,
a Plutón, Argos y Capri,
soñábamos despiertos, de pie, tumbados y dormidos,
matemáticamente situados al borde
de la propia vigilia que nos mantenía conscientes,
soñando despiertos y dormidos
gritando despavoridos ante la inmensa aceleración
que nos quedaba por recorrer.

El nuestro no era un grito normal, no.
No era un grito articulado, formado por
la conjunción de boca y dientes, no,
con algo de lengua y horror. No.
Era simplemente
¡horror ! Horror a secas, al cien por cien.
Ah, y también placer. Placer a secas, sí.
Al doscientos por cien. Un placer de verdad.
Y también furor, sí. No hay que olvidarlo.
Deleite de la propia osadía que nos había llevado allí
lanzados a nuestra propia ferocidad.

Porque eso sí; no hay quien pueda negarlo;
aquello, aquel simulacro de vida en el que nos
sentíamos atrapados
suponía a todas luces un acto personal
lúcido y confuso al mismo tiempo,
una intuición de espacio y trayectoria.
Pero también... velocidad. ¡Velocidad !
Al quinientos por cien. Al quinientos por mil,
lineal y circular, aceleración en sí,
velocísima, de exquisita velocidad.

Por eso no puedo dejar de hablar de lo que allí vimos
sentimos e hicimos
recorriendo con nuestra palma la superficie
de inmensas tierras desconocidas
a la búsqueda de aquella razón de ser, de aquella

rabia que nos componía
en algún punto y en alguna parte,
sin saberlo
de forma incompleta,
a la búsqueda buscadora del oceánico océano,
del inmenso mar que como inmensa tierra
sabíamos que tendría que existir
por dentro,
en algún punto, en alguna parte, de alguna forma
que vimos y veremos, pronto, dentro,
y que sabríamos identificar.

Sujetos por álgidas tenazas, con todos nuestros tejidos
recorridos por calambres incontenibles y brutales
mordiscos vacíos,
arrancando en masa destellos de la piedra caliza,
lanzando al vacío amapolas de carne en forma de voz,
navegábamos apartando electrones, violentos como violentas
bolas de hierro cargadas de electricidad,
sin mástil, sin velas, sin ancla,
simplemente provistos de nuestra piel, esqueleto y esperanza.

La noche, sin forma ni contenido, bajaba a su
última profundidad.

Nosotros, de la nada en adelante , siempre hacia delante
suponíamos forma a la oscuridad, contenido a sus monstruosas
distancias de acero impalpable, invisibles entramados de
metálica espuma cercando su acuática densidad,

y verbalmente dispuestos en su más lujurioso centro,
tan sólo impulsados por el tacto y sonido de nuestras sílabas
le hablamos silenciosamente vertiendo nuestros líquidos
[guturales

en su interior.

Arpas, aspás, arcos,
una lenta ascensión, dolor esfuerzo, parque nada ,agua sí,
torrentes, costras, aspás, ascos
del dolor de la ascensión a través de lo impalpable, cruzando lo
inexistente, haciendo el futuro hacia delante,
recordando el temblor de la memoria sin hacer
con sus recuerdos sin grabar, pero vibrando con un
[presentimiento

por venir,
unidos, pero por separado,
creando nuestro adelantamiento espacial a uña de caballo,
bordeando el fino cristal que nos hacía sufrir.
Y así cruzamos Pancheý, Morta, Larta,
ciudades altas, limpias y doradas,
inmersas en densa niebla equinoccial,
salidas del más allá.
Pancheý, Norta, Urta, la del volcán inmóvil.
Y Yampal, vibración de arena y sueño.

Por el borde de las astillas fuimos hasta la Punta Ardeal,
donde crecían árboles con cabeza humana,
saltamos lagunas, saltamos madre selvas, cruzamos fuentes
[feroces
de barro hirviendo, seguimos sus vetas,
caímos en sus simas, levantamos por fin andamios que llegaron
al fondo de lo alto, al fondo de sus enigmas más altos, y
tendimos esteras heladas
por fin
después
para calmar el dolor.

Allí, frente a la selva incandescente, se encontraba Ima
la del violín seguro, arqueada sobre sí,
arcos, aspas, aspos, arpas, astillas, sombras, cadenas viperinas,
Ima formando con sus cuerdas espejismos de avispas
nosotros, así, Ima, seguros de nuestro proyecto, Ima,
frente al clamor de una atmósfera ingrátida
disponíamos tan sólo de la perseverancia de nuestros reflejos
más antiguos
de nuestra fe ante la resistencia de lo imprevisto .

Un paso, dos, cinco, una brazada, otra,
botando y rebotando, meses, kilómetros, esfuerzo,
lobos circulares, Ima, saltando, rebotando, sudando,
corriendo, recorriendo y aullando en medio de una noche sin
respuesta, hundida en sí hasta lo más hondo.

Pero todo este cansancio animal no servía más que para acentuar el ritmo vertiginoso que imponíamos a nuestras decisiones, movidos por una brutal obsesión de seguir hacia delante sin parar, a pesar del vértigo, del mareo, del horror, a pesar del vacío que la aceleración provocaba en nosotros.

Teníamos conciencia de que aquella situación era única e irrepetible puesto que ella misma consistía en nuestra propia vida, ser nosotros mismos, esa misma situación lanzada al vacío de la velocidad sin control que llevábamos en la sangre, en los ojos, en la piel, eléctricamente concebida como un impulso de inminente combustión.

El sol penetraba en nuestras heridas
impasible ante nuestra desesperación.

El espíritu del té, del ámbar, del limón
se nos negaba.

El óxido de la espuma del metal, también.

Piedras, ladrillos, vertientes rocosas, simas,
una capacidad de delirio que nos permitía concebir lo que había allí, más allá de nuestra propia ansia, como un fármaco enervante que actuase en contra nuestra, ocultándonos lo que allí delante había de verdad y que era nuestro.

El desierto impasible, la nieve esmaltada,
la cadencia arqueal, el aire nutrio y blando, la colocación solar
todo parecía dispuesto para el lago Baleo.
Aquella inmensa superficie descubierta ante nosotros,
lomas acuáticas, arenales, superficies airadas que debíamos
[atravesar.

Un horizonte plano, aplastado por un aire inmisericorde
incrustado en la tierra.

Pero más allá de Eanton, por entre las patas de feroces caballos
que corrían delante de nosotros
golpeando con sus cascos nuestros sentidos,
más allá de Knox, de Marienborg y Lund,
más allá del mar de los Sargazos, midiendo nuestro vuelo
por el pulso de nuestros movimientos,
íbamos en bloque, como un único ser dotado
del privilegio de todos, sin podernos detener,
atónitos ante la dimensión tubárica y cambiante de nuestra
[propia
ensoñación .

Porque, eso sí que nadie lo puede negar,
aquella trayectoria pertenecía casi al mundo de lo imposible,
tan compacta como era, tan impenetrable, llena de sorpresas
y drásticas emociones.

Los visillos del cuarto se movían lentamente
bajo la presión de la luz.
Tú estabas ahí, mirando a lo lejos, contemplando las ramas
convertirse en acción viva, y mientras yo te miraba... de pronto...
después... de pronto...
surgieron estrías del metal más oculto, sonó la ventana
y todo volvió a empezar.

Sonó a hueco, sonó a materia, a fractura de uñas.
Los hombres sonaban también a lo lejos como artilugios carnosos,
dispuestos contra el cielo. Las casas sonaron a caliente, a sonoro,
a gelatina fugaz, transcortical
y embrujada.

El frío de la noche nos convertía en errantes pasajeros del hielo.
La mañana en jirones desgarrados.
El viento nos hacía verdad suya, aliento
de nuestro propio cuerpo quilla.
Y es que estábamos ya condenados a la eterna Australia,
al violín de Ima de incandescentes cuerdas,
formando en nuestra alma una madera arqueada, catapulta
[definitiva
para escapar de la gravitación. Más, más, más. Sin armas, sin
fronteras, arpas, aspas, piedras, ladrillos; sin palabras ya,
sin fronteras, un último proyecto, una última aventura final.
La raja de los bardos atacando continuamente el defecto, Ima,
[Ima,

nosotros, nosotros, adelante, a la búsqueda de la marítima
[fórmula

que hiciese de nosotros un bloque coherente, recto, navegante
del absoluto, manipulante esquinario digno de ser feliz y saberlo,
como cualquier hombre vivo.

Pero fue así, sumidos en esa aberración dolorosa del viaje hacia
[delante,

fue así, repito, cómo vimos los lobos de Paddington
convertir el rojo en azul,

en alcohol verde de profundas esferas naturales, los coches de
Paddington recorriendo con sus fuertes patas nuestra piel.

Y fue así como llegamos a la eterna Australia-por-fin,

a la línea del mar caliente, troco tucho, aurela, isquiku,

la palabra haciéndose fuerza, al alma también llegamos, sí, a lo
[hondo,

a sus partículas vivas de dentro, ritmos, esteras, panderos de

[dentro,

de gente que va sonando por dentro, golpeando el corazón con

[sus

dardos negros.

Y así tuvimos que atravesar las fuentes Colimas,

podridas por cables y culebras, reptiles trepadores

y moscas aceradas. Tuvimos que sumergirnos en sus remolinos

soportar sus corrientes, deslizamos por sus capas azuladas,

las más duras

en busca del futuro océano.

Tuvimos que sorprendernos de la sorpresa de Eritrea,
el acto de permanecer concentrado en la escarcha, nativamente
paralelo a la corteza de árboles brutales,
inmiscuido en la sorpresa central, impávido así, tercamente
[vuelto

hacia tu propio perfil
desorganizado, de cara contra la noche,
lanzando mensajes hacia atrás.

Porque no estábamos solos. No nos sentíamos solos.
El libro inclinado, las páginas dobladas, los esquemas
recién nacidos
así lo atestiguaban .

La vida había vuelto a empezar. Una y otra
vez, de minuto en minuto, de instante en instante, de día en
[semana,
de semana en siglo,
haciéndose, construyéndose como un recuerdo.

Recordábamos, quién lo duda, aquella mampara del cuarto,
las baldosas blancas y negras al lado de la ventana,
el día de los visillos en la calle Felipe.
Recordábamos la acumulación, el exceso, también el tibio detalle
contra la luz ambiente.

Pero apasionante, lo que se dice apasionante
nada como esas torres, las gigantescas superficies cóncavas
pantallas para seguimiento, adelantamiento espacial.
Radar, estrías, estrías del punto diamante rasgando el aire para
abrirnos el futuro.

Tejas, ristras, calientes verdugadas, el rastro impalpable
la zona densa por donde salían los suspiros nuestros
anhelantes ante la presencia del mar océano,
que ya sentíamos palpar bajo la piel,
con sus vientos, sus distancias y sus velas.

El acto barto, la playa agüa, la leña, el humo, las llamas
como un lujo ancestral
y secreto, al aire formado por transparencias de siglos,
máquinas al galope, urto ,surta, arta , congestión,
violencia de un esfuerzo mantenido, fraguado
en nuestras venas, forjado en nuestros músculos,
arco botante mineral de nuestros deseos.

Más allá del frío, más allá de la nieve,
más allá de sanguinarias ardillas,
más allá de los dientes maquinarlos
de esteparios lobos, por encima de fuegos
que iban cayendo sobre nosotros,
de pronto,
cuando ya habíamos perdido la esperanza de llegar a encontrar
la salida al laberinto de nuestra propia imaginación
de pronto: una luz, dos luces, cientos de luces,
de pronto: la potencia inusitada, la vida, máximo esplendor
volviéndose realidad, ser vivo y acción. Otra vez.

El sol caliente, el sol naranja, el sol azul ,
la luz verde, la luz caliente, la luz fija volviéndose tiempo vivo.
El horror azul de las palabras perdidas
de las palabras calientes, al filo de la navaja
en su fantástico esplendor.

Más allá de la tarde con su boca negra,
más allá del horror glacial y planetario,
más allá del miedo lobuno y mineral:
una explosión de insectos, un vértigo sin alas,
instrumento hiriente sujeto por álgidas tenazas.

íbamos así, con el movimiento de la carne impasible
hacia la noche sin forma ni contenido.
Un instante. Un espacio vertical. Cien gotas.
Mil gotas de humedad.
Seguía nuestro descenso hacia la nocturna palpitación del vidrio.

Ahora ya el sonido de mis pasos protege mi destino.
Todos los teléfonos se encuentran colgados.
Un siglo, tres pasos, cien distancias adelante,
adelante, adelante, adelante. Más, más, más.
Hacia nunca y hacia siempre.

Cógeme de esta mano. Tú de la otra.
Tú ponte atrás. Vamos. Todos.
Desde aquí y desde antes, por ahí, por allá.
El aire se va llenando de ruido.
Crece y decrece. Sube y nos transporta.
Arrastra nuestro instinto.
Vamos. Adelante. Hacia nunca y hacia siempre.
Adelante.

CARBONO 14

Viernes, 10 de Diciembre.

Carne de barco,
ventanas abiertas,
Madrid huele a mar.

Se sienten por dentro
nervios muy finos
tirando de un barco
camino del mar.

Los ojos son claros,
los dientes muy blancos,
los labios muy rojos.
Madrid es amar.

Viernes, 10 de Diciembre.

La quilla va entrando en el agua,
por sábanas frescas
camino del mar,

Y el mar va entrando en la quilla,
moviéndose juntos
el barco y el agua,
Madrid es amar .

¿Ves aquel punto?
Pues...justo detrás.
Más allá.

Es simplemente un instante.
Verás.
Tan sólo un leve equilibrio entre todo y nada.
Simplemente el océano inestable,
la tierra lisa subiendo,
saliéndose de sí misma, revelándose
en su espuma cardinal.

Basta con mirar muy alto y muy lejos,
con mucha intensidad,
como un águila.
Basta con desgarrar la distancia,
separarla de repente,
ácido manjar de telescopio,
producto de la nada,
y verla temblar centímetro a centímetro,
muy cerca de la piel
desde su interior estancia.

Un golpe en el aire rabioso,
calambres y espinas verdes. No temas.
Nada más.
Después tan sólo una pequeña fluctuación,
gaviotas sin lastre volando muy lejos,
por encima de todo, más allá de todo,
más allá de todo lo más alto.

Espinas del dolor enorme
creciendo bajo la piel,
dinámica mía del dolor haciéndose carne
y la carne
ser vivo,
incorporándose en mí,
cristalizando en mis tejidos,

dejadme.
Soltadme ya.

Soplo azul y dolorido del aire mío,
rojo como el espacio de mi sangre, caliente como la retina
encrucijadas múltiples, múltiple acidez de estrellas
y limón, catapultas sonoras mías, fibras manantiales,

dejadme.

Soltadme ya.
Dejadme vivir así, colgado a mi declinación de espacio,
subido a mi equilibrio,
con mis lobos y anestesia,
haciéndome vida.

dejadme.
Soltadme ya.

Cae la tarde.
Un hueco en el aire.
Un simple suspiro
y llega la oscuridad.

Delante
el cálido metal de la calle palpitante,
su carne de viento y esplendor frutal.

Detrás
la tierra al borde de sí misma,
como un futuro antiguo
hecho de ceniza, flores y carbón.

Yo voy con mi dolor cangrejero
mezclando mi sombra
al temblor de los faroles.
Los caballos de la noche hunden sus patas en mí,
me salpican con su baba furiosa.
Siento sus cascos dentro
hincando mis clavos y astillas.

Me miro. Llevo en la piel la acción de sus mordiscos,
su aliento y respiración.
Me vuelvo.
Delante: la tierra al borde de sí misma,
exuberante y llena, potente, rebosante de sí.

Detrás
nada .

Lumbre de lino.
Claridad sin luz.
La noche no viene a mí.

Me pongo el alma en su sitio,
estiro las mangas
y salgo .

Viene un viento cero
soplado paredes,
dando vueltas sobre sí.

Pero la noche no llega.

Pasa el tiempo soplando ballestas,
amasando carne,
dando vueltas sobre sí.

Pero la noche no viene,
la noche no llega a mí.

Y montando en mi turbio perro crepuscular,
con el placer furioso del ser vivo que soy,
recorro plazas y manzanas
soñando .

Lumbre de lino.
Claridad sin luz.

Eres de color azul
como el alma de la madera.

Y blanca
como sábanas al viento .

Te mueves
y el cuerpo te suena a verde.
Hay en ti instantes amarillos
como si todo fuera
instantes de tu pelo.
Eres cristal de botella.
Parece que en ti llueve,
que lobos de pelada estepa
y rumor de antiguos insectos
corren por ti.

Yo , con el ojo inmóvil
de los tigres, las panteras y las fieras
te observo con cuidado.

Y así, inmóvil,
cierro los ojos
y te veo.

Silbidos de luna helada,
brazos de nieve glacial,
calor de calor caliente,
palmas de carne frutal.

Sí,
algún día
debajo de aquel roble
todo será como fue
cuando yo llené de ti
a puñados
los huecos de mí alma ,
¿recuerdas?

¿El rumor de la enramada,
las fuentes armoniosas,
el aire fugaz, el polvo somnoliento, la tierra plateada,
la noche a manos llenas,
dime,
lo recuerdas?

Todavía hoy, así, en medio de la tarde estancada,
con el tiempo fijo y mi perro de presa favorito
mordiéndome por dentro,
siento
si me acerco
debajo de aquel roble

silbidos de luna helada,
brazos de nieve glacial,
calor de calor caliente,
palmas de carne frutal.

Un campo fijo,
congelado en sí.

Un campo sin argumentos,
desprovisto de sí,

inmóvil.

Una desesperación ciega.

Sin ventanas.

Una desesperación quieta,
vuelta sobre sí,
sin sombra de esperanza.

Y al final de todo ,
casi volviéndose nada,
un punto sin embargo,

un punto grande, luminoso,
dilatado y tremendo,
llenando la retina,

un punto solar,
brutal y maravilloso .

Trajiste lentamente las estaciones
empujándolas hacia mí.
Me frotaste con tu propio viento
haciendo eco de tu ruido en mí.

Antes incluso del mundo
hice mis oídos con el mundo tuyo.
Escuchaba tu lenguaje interno
a través de los latidos
que tú soplabas por tu sangre, madre,
haciendo mi respiración sonido.

Mi primer grito
vino de tu mismo cuerpo
hecho voz en carne mía.
Mi primer paso fue tu paso
y mi primera retina
me la formaste roja
con tu aliento.

Es así como voy viviendo
la vida que llevo dentro
volviendo carne futura
tu pensamiento.

El dulce amargor del tren de Aquitania,
la oscuridad con sus pájaros verdes,
la líquida fluidez de la ausencia
circulando ,
con su natural tardanza y espesura,
todo,
hasta el sonoro rincón
hablaba de ti.

Y tú, como una conjetura móvil
bañada en saliva de espacio,
seguías la raya en mi retina
de la luz invisible al sol.

El mundo homogéneo
etrusco y articular,
la rabia homogénea con sus patas feroces
y largos balbuceos manipulares,
todo,
hasta el nervio dísquisto azul
hablaba de ti.

Pero al mismo tiempo,
imperturbable y eterno,
fugaz, amarillo, casi imposible,
como un mutismo a gritos,

todo callaba.

Llueve lentamente sobre el alma de las cosas.
Diluvia sobre los hombres.

La tarde resbala por el horizonte,
amortiguada en su caída
por el ruido de las flores.

La vida es posible.
Va subida a lomos del agua,
montada en las alas del viento,
cruzando la respiración del cerebro.

Las botas de los niños
van delectando charco a charco
con sus ritmos secretos.

Sus ojos huelen a dulce.
Sus voces a pan caliente.

Una rosa impalpable
navega todos los rumbos,
salta todas las esquinas,
roza todas las mareas.

Espacio, distancia, volumen insondable
de mundos internos
girando por dentro
como norias disparadas
con altísimo vértigo.

Llueve lentamente sobre el alma de las cosas.
Diluvia sobre el corazón.

Blanca salida de la noche arqueal,
penetrante amanecer
que a todos los puntos alcanzas
naciéndolo todo al prisma de la mirada ,

calor de calor caliente,
saliente mañana
que fundes la luz con el tiempo
volviendo suspendido punto aéreo
la Tierra en su rotación,

llena el hueco de mi vista,
calma el álgido sistema de refinado dolor
que consiste la vida en mí.

Tú, Venus de Siteres, alarde vivo de enigmática espesura,
densidad aérea, helada presencia móvil,
líquido manifestar de incógnitas desaparecidas,
sal, ¡habla !, ven tibiamente como tibio placer terrestre.

Despierta ligeramente, cruza la noche alcalina y ¡ven !
Ven nocturnamente, levemente, Venus de Siteres
por el ala del placer terrestre

y háblame.

Filtro aéreo del aéreo espacio,
máximo manjar vegetativo y floral,
rosario espinoso del alma mía,
dulzal presencia,

canívero runcal, frágil partícula meticulosa
compuesta de contactos blancos,
subterrestres magnetismos y negras cintas,

recuerda
la nostalgia siux intuitivamente articulada,
racionalmente disuelta en la mágica esfera
de aquella electricidad que nos componía.

Recuerda la intacta frescura
de los bosques arqueales,
de las fuentes manantiales
y el verdoso sopor canicular.
Recuerda la giración arbolar
formando en el aire su propia respiración interna,
su propia resistencia,
su intrínseca densidad de humo y polvo
como un fantasma .

Gira pues la cabeza.
Vuélvete hacia mi
y aunque sólo sea con un poco de sombra
calma este dolor furioso
que me supone vivir.

En la aérea espesura,
más allá del umbroso follaje
tiemblan tus latidos.

Se te siente sonoro
discurrir por la impecable línea
de lo invisible,
volcado en sus aceros,
montado en sus manantiales moléculas.

Álamos, pinos, gigantes magnolias,
luz detrás de la luz,
sombra que parpadea.
Un río, una barca, un hombre meditando,
impasible bajo su sombrero .

A lo lejos
una música
acompañando la sombra en su movimiento
cayendo sobre el campo.

Más allá,
después de tí, señor
la noche,
la noche frutal
que mandas día a día, año tras año, siglo tras siglo,
como un silbido negro
hecho de viento y silencio.

Un pozo. La noche.
Agua negra con sabor a negro.

De espaldas a sí mismo,
un hombre escucha el ruido de su alma
en el vacío.

Cae un trozo. Después, otro. Y otro y otro,
hasta que queda inmóvil. Casi muerto.
Para que no sufra le callan los ojos con la oscuridad.

Adelanta una mano, traza con el dedo
su futuro en el espacio.
El desgarro de la distancia
es contemplado por miles de partículas silenciosas
tan sólo atentas al ruido de sus manos.

Una línea sangrante. Dos. Una mañana.
Un caballo de lata cruza las estrellas.
Alguien tropieza con un trozo de sol.
Agua negra con sabor a luz.

Un hombre se mira las uñas. Están rojas.
Tira una piedra y escucha. Está vacío.
Grita y no le suena la voz.

Sólo un punto de sonido.
Después, silencio.
Un silencio impasible y horizontal.

De pronto
una hoja cae.
Después otra. Y de pronto,
como un suspiro de hielo a la deriva,
llega el otoño.

Me sorprende andando mi sendero interno
en silencio,
desplazando mis estrellas,
con el cielo bajo
a la altura de los ojos,
Sangra la carne ulcerada de mi pensamiento
mientras recorro mi corazón oxidado .

Me detengo. Escucho sus pasos
dentro .
Por el filo de mi alma
oigo crujidos violentos
de barcos con velas blancas
cortando el viento
y siento
latidos de fresca sombra,
momentos
como un rumor de emparrado
dentro, muy dentro .

Sigo. Cae una hoja. Después otra. Otra.
Y poco a poco, despacio,
como un instante de espuma dolorosa
llega el invierno.

Tiempo cenital y agosto.
Una casa. Una puerta.

Te recuerdo.
Olor a raíz parada,
una almohada y una puerta
hecha de dolor inmóvil,
esferas calientes,
compuertas .

La mar manivela,
el agua manantial ahí.
Justo ahí. Y en ella: barco .
Y en los barcos velas
grandes como sábanas veleras.

Yo iba agarrado a mí
con rabia angular de ser vivo,
de la nada en adelante y camino de la nada
volviéndose todo,
casi desapareciendo.

Estructuras negras, lagartos siderales,
actos de disolución aérea.

La noche me protege, el aire me lleva.
Oscuridad, nubes, lagos nevados,
una casa y una puerta.
Adelante, tiempo cenital y agosto,
me retiro a mis estrellas.

Y esto que está escrito
con mi sangre más fina,
con mi aliento más caliente,
mi más fino dolor

para ti
que eres zumo de estrellas invisibles,
lleva el olor de la noche de alquitrán que me consiste
y el sonido de la brutal batalla
donde voy montado.

La mañana vuela.
Se dispara hacia lo alto,
surca la atmósfera,
perfora la distancia.

Siento tu pisada .

Es temblor interno,
carne de hoja,
filtración naranja,
fluvial abastecimiento,
agua marina desaparecida.

VIAJE DE LA POLILLA A TRAVÉS DE LA MADERA

Partir.

Hacer del acto de partir
panorama oculto.

Descender a la aventura, hacer del rumbo rumbo mismo,
marea y obsesión, piel batalla, palabras adscritas,
inscritas,
dejadas sobre el hombre-polilla como arena,
convirtiendo el esfuerzo del viaje
en viaje sonoro .

Y después,
pasados los valles junglosos,
prolongar la mente en aullido humano
alto y fuerte como un grito de guerra viajero,
a través de la madera,
chapa, chapa, chapa,
palabra, ruido, ruido,
estancia y túnel.

Hacer de la vida un inminente futuro,
una epopeya larga y prolongada como algo que casi
no se pudiera contener,
la energía desbordante de la mente,
haciéndose ley en el acto de partir.

Con el vaso de luz entre los labios , la nota clave, la
parte veraz, camino de Sirga,
chapa, chispa, torrente, accidente
sinonimia, pantomimia , viaje de la
mente
subida a la polilla
a través de la madera,
utilizando sus patas feroces para hacer
lenguaje coherente
del ruido.

Cortar, romper, saltar, morder,
quebrando vetas, perforando astillas,
transformando la vida en chapa, chispa, palabra y palabra,
un anillo fuerte y sonoro
como una garganta.

También hay que hablar del árbol y la mesa,
de encima pies dolosos, caliente,
goma,
sabores comunes de la nuez
que no se organiza, agoniza, nuez,
rumbo, rumbo y ritmo
de la carne haciéndose fuerte en sí misma,
viento y ruido de sí,

como una gran nave que atravesase sus propios temporales.

Esto es una invitación.

Una invitación al viaje y al festín de la mente
siguiendo a la polilla por torrentes de serrín,
entrando, saliendo, cavando
con sus patas feroces
su propio destino
por el corazón de la madera .

Palabra, chispa, chapa, nardo, fuente,
como esquivas mataldando, narcisos ardientes.
Saltan, botan, brotan,
a lomos de la polilla penetrando en la madera,
llevándolas por sus senderos,
destrozando los muebles, prendas viejas inservibles,
lenta vigencia de materia viva.

Esto es una invitación.
Ven.
Trazando túneles en la imaginación,
envueltos en serrín,
con los párpados doloridos del
frío de la oscuridad,
buscando una forma oxigenada de vida.

Aquí las malezas,
redes, postes, marismas,
sensación de formas creando espacio,
siguiendo los trazos ocultos de una visual desesperación
que impulsa hacia delante.

Madera delante, madera detrás,
soledad delante, soledad detrás, horror,
horror de la madera
desgastándote hasta el cansancio total.

Se siente en algún punto palmeras y agua
por el efecto delirante del polvo
llenando la boca y nariz,
llenando el cerebro,
haciendo de la fantasía un organismo lacerado,
cubierto de serrín
el horror de la madera.

Agua, pistones, mareas , viento huracanado,
aire, aire, aire,
distancia,
espacio,
luz.

Agua, pistones, aire, aire, aire,
un estertor, un túnel, dos,
distancia,
luz.

Esto es una invitación.
Ven al amarillo cadmio,
recorre la tabla en toda su extensión,
de principio a fin, chapa, chispa, teclateo insufrible
de la polilla
chupando, royendo, mordiendo, tragando
sillas, mesas, paredes, chapas, tablones, árboles, bosques, casas.

Hasta el límite del susurro,
albergue vacío, pato de agua,
déjate empapar por el sudor de la acción,
del viaje hacia delante, ante,
deja el rastro de tus dientes,
púrpura y destellos, fúlgido elemento,
carnal dintorno hacia la suma espesura
después de milenios de dolor agudo,
la brutalidad de las águilas perforando el aire
en vertiginosa caída,
águilas polilla surcando túneles aéreos.

Y en la centígrada posición
volver de nuevo de forma repetida a vivir hacia delante, ante,
delante,
siguiendo la aventura del papel haciéndose letra,
y la letra palabra,
y la palabra viaje, aventura,
la aventura del partir.

Hacer del acto de partir
panorama oculto .

No busques tiempo en tus calcetines,
ni paz en la concordia.
Ven con la polilla que rompe la madera.
Sueña con ella que el esfuerzo tiene un fin.
Quítate el serrín de la lengua. Grita. Haz ruido con ella.
Esto es un festín.

Y en los puntos extremos, en la planicie
bajo los cipreses, metido en el blanco nogal,
pasando vetas, máquinas y minerales, atando cabos,
soltando amarras
de barcos hacia el mar océano,
perforando sus proas entregadas al sol,

tap, chac, nac, velas, nap, macmneq, napa,
madera, madira, madora, midora, chip, chap,
chapa, ígneo instrumento de la fuerza
convirtiendo su destino
en trayecto
por razón de un animal
llamado polilla.

Y también en Choisy, Gloucester Street y Kudamm,
debajo de los colchones, amantes encima, nada no,
luz nada, sólo oscuridad cegadora,
entrando por los dientes,
pasando a la roja garganta la voz seca del serrín,
chupando con la avidez de un insecto sediento
que busca desesperadamente
un camino al sur.

Toga, traca, tic, tic, tic, tac, toza, secuencia secuencia,
secuencia secuencia secuencia, ay,
como una intoxicación, como una invitación, como un cáncer
de la polilla por el alma de la madera .

La polilla de pronto... habla.
Dice: sigo, sigo, sigo, sigo.

Te escucho como un tambor, polilla.
Oigo los golpes de tus tenazas en mi mesa.
Quisiera calentar mis huesos al calor de tus mañanas,
subiendo escaleras, bajando escaleras,
igual en Londres que en Madrid,
abriendo el aire con tus patas, segando la madera
con la convicción propia de un gigante articulado.

Comprendo tu lenguaje,
ruina terrosa de una boca ensangrentada.
Y pido paz para tu esfuerzo, descanso para tus nervios,
perdón por tu voracidad.
Y a ti que te he visto romper las puertas de Paddington,
abrirles bocas y hacerlas sangrar...
a ti que te he visto formar grietas en las vetas de mi carne,
trasladarte por mis venas
y llegar a mi corazón,

te digo adelante. Adelante , polilla. Llévanos a tus lomos
camino de una ilusión que convertiste en polvo rocoso.
Adelante, polilla.
Chip, chap, chic, toza, taga, nurda. Adelante. Devora lo viejo.
Esto es una invitación.

En primavera
salen árboles nuevos.

AVENTURA FINAL

El lento discurrir de las nubes, sus gotas internas,
la forma y el color en íntima conjunción,
las tejas, los insectos,
la vida en su más sutil configuración.
Las raíces frondosas brotando,
y en medio,
en íntima transparencia, traspasando el aire, distancialmente,
hecho concreción disuelta, magia volátil, infinita conjetura móvil,
un lazo detenido en el espacio,
fosforente azul, dinámico retorno fugitivo,
tú.

Cruzo el jardín rasgando el aire,
atento a tu sonido,
esperando sentirte.
Una gota, dos.
Tu impalpable estructura se me deshace en las uñas.
Una piedra inmóvil. Un camino arqueado.
El bosque humbroso, la rosada hierba me cruzan con su
presencia.

El dulce movimiento de la hoja que cae, los embites del viento
suenan su inicio.
La luz va rozando el principio de todo,
reintegrándolo todo a su suprema condición existente.
Tarde del jardín en calma.

Naturaleza naranja, verbalmente catapulta tapada,
líquida cuestión, cómo llamarte .
Estás ahí, por dentro de algo casi irreconocible,
parte y conjunto general.
Lo abarcas todo, todo lo respiras
con matemática irrealidad.

¿Hacia dónde vas pura incongruencia sin dirección?
¿O es que vienes? ¿O simplemente estás?
¿inmóvil? ¿Penetrando la inmovilidad? ¿O eres tan sólo
[movimiento?
¿Suenas quizá sutil presencia? ¿O es que también eres ruido?
¿O simplemente una imaginación aérea
con hilos nuestros dolorosos?

Apareces hoy, después tampoco, pero luego sí tampoco,
como una fuerza elemental, rítmica, formada de sí misma
y hacia delante
con larguísimos cables verdes hasta lo más profundo
abriendo correderas, vetas mentales, abismos profundos,
mezclando la caligrafía de la noche con sangre enramada.

El claustro encendido, movido por la luz del mediodía.
La fuente ardiente lanzada al vacío de su propia presencia.
La masiva lontananza, las briznas, los picos filgueros
todo hablaba su propio lenguaje inarticulado.

La onda gris suena y desaparece.
La aventura puntal estabiliza la mente.
Oigo moverse la tapa de la olla.
Tu palpitación estremece la corteza de los árboles.
La cavidad sonora sea hueca ,
dejando la distancia suelta.
La nieve estrellada
es aire luminoso bardo,
captador de oxígeno.
La trama helada
refugio de la noche mineral
pasa entre la sombra y la luz.
Las altas barandas se imponen al sonido del sol.
Saltan los vientos estelares
rompiendo todas las burbujas en la superficie de la tierra.
Siento tu pisada sobre todas tus piedras,
reconozco tu aliento, huelo tu mirada.

Al borde sinfin
la manivela rota gira en el vacío.
Distingo mi vocación de ser vivo.
La siento en los labios, la noto en la lengua,
hundida en sus papilas, salpicándome la piel y los ojos,
haciendo de mí parte móvil de un todo
que constituye todo.

Las líneas del aire, su espumosa frescura,
los silbos melódicos,
la espesa ternura
volviéndose carne de mediodía,
respirando largamente,
rítmicamente, con aire impecable.

El dulce amargor, la noche plateada,
cordeles infinitos hacia puntos infinitos,
la vida haciéndose así misma, repitiéndose,
soportando tus pisadas.

Oigo en mi piel tu carnal frescor,
la nada sucediendo a la nada,
haciéndose principio de sí, cadena incolora,
fútil desvanecimiento aéreo carente de sentido.

Tu corazón tuyo es sin embargo largo
como un largo caminar de ciervos en el bosque,
Tu corazón profundo es profundo como corazón de tierra,
alma de caliente estepa, bosqueda arqueada, lunar parapeto
[aquitano,
enjambradamente tuyo,
californiamente oculto y tuyo.

Manantial ruiseñor, finamente piedra, calino discurrir lomero ,
sal de tierra aparte,
ven.

Tiende tu longal presencia,
di que estás ahí,
suena tu sonido interno, lívido lanchal,
di que estás aquí.

Grumosa perspicacia transparente,
caledonal rumor,
unas gotas simplemente de tu voz,
Señor de los altos soles.
Hacia ti lanzo el ruido que me compone
tan alto como puedo,
tan bajo como me dan las fuerzas.
Lo lanzo extraído de mi propia carne en carne viva,
amasado con mi pulso,
movido por la respiración que me mantiene.

Vuelve tu cara hacia mí,
rompe el silencio con el aire de tus blancos viaductos,
extiende tus esteras verdes,
abre las esferas.

Mi alma de espinas
tiembla.
Pasa un río verde imaginario .
Cruje la violeta y el musgo.

Los troncos siderales forman lanchas nocturnas.
La saliva se convierte en polvo negro.
Los bosques en aire disuelto.
Las palabras ya no hacen daño.
Son bolas huecas de ruido muerto. Una parte mineral.
El viento sin sabor.
Una constelación próxima a la otra.

Sin embargo tu nombre que no suena, suena a todo:
a orilla, a mar, a distancia y longitud de barco,
a rosa inexistente de los altos vientos.

Perfil sonoro, dulce calima, bermellón augurio,
si por fin se quebraron los alíseos
rompiendo la angulación del mediodía,
recuérdanos, álgida memoria
qué somos.
Porque estamos aquí, atónitos de estar así, siendo,
haciendo de esto que somos
una fugaz sorpresa dolorosa y bella.

La oscuridad sabe a sí misma,
a sabor zumo sangre de tierra mezclada con aliento.
Tragar la oscuridad es un acto de pulmón abierto,
deglución respiratoria, proceso siux, membranas desgajadas,
facultad estelar.
La bilis sin embargo sabe simplemente a fuego blando,
a lumbrería vertical y ropa hundida .

Pero nada como el bosque humano agitando los brazos a lo alto,
agarrados al cielo, desesperadamente vivos como leña humana
al borde de su azul resina constelar.

Nada como ese vértigo del hombre
a base de aspas, hélices, planetas y náuseas,
a fuerza de siglos, ladridos, plantas y besos
con sabor a vivo, carito amargo, luna agosto,
tierna seda.

Por eso, desde este puntal batido por brutales flores nocturnas
que hacen de mi vida un asunto complejo y torturado,
rebosante y dilatado,
contemplo detenidamente mi alrededor.

Pasan bandas de electrones, una hoja cae silenciosa y eterna,
una barca se mueve, impasible, lenta, redonda,
flotando en las nubes,
impecable.

Una niebla sin nombre fractura el sonido,
humo de sonido inglés.

La mente parece un objeto extraño.

Surge de un largo angular
hundido en la naranja.

Y así... por eso andamos así, colgados de una inmóvil materia
que verifica en nosotros un nítido atardecer.

Una escalera se interrumpe,
se abren rampas sin fin, puntos suspensivos verticales,
redondos como manos sin olor. El espacio.

Gigantescas ortigas
y líquidas bayetas constelares.

Pájaros sin alas
vuelan impasibles camino de algo azul.
Se escucha un rumor de abeja y emparrado
verde tentación en la espesura de la luz.
Un cable en medio de las arpas.
Su pulpa florida recuerda lo imposible,
su fibrosa estructura nervios de extraños parabrisas .

Yo voy montado en mi parchís inmóvil,
cruzando la distancia d'Eritrea.
Suenan el rápido viento naranja.
Siento su limpia creación en la palma de mis manos
y el último adiós incombustible
dejando en mí las huellas de tu paso,
flotante virta, fuente animar de largos recorridos,
brasco encinar constelado.

Ven.
Por encima de Pana, la flor hermosa,
abriremos plantas con inmensas boquillas,
cordones suaves
para ti y para mí.
Sentiremos la vida en su diáfana concreción viva,
lenta y soberana, sintético clamor,
mágico vahído volviéndose realidad;
y alertadamente alerta en tus propios insectos,

de lo alto a la parte blanda,
calmarás la hojalata imagen de las gargantas humanas
lanzando hacia ti sus silenciosos cristales rotos
mezclados con sangre de su propia voz.

Suena un rayo polvoriento a base de silencio.
Hormigas rojas cruzan la corteza.
Manivelas rotas, alacranes negros, ausencia de ti
eterno viajante, formador de burbujas distanciales
que nadie puede asir.

Tú, fiorinal retina azulada
de blancos transparentes medios
color caníbal,
tú, amapola gigante transformada en mirada,
déjame temblarte como tiemblan
los temblores,
cimbreararte como un chorro,
batirte como el agua .

Te ofrezco el lago angular
de la magia sin pasiones
limpia como cordel transparente ,
tensa, te ofrezco el calor de calor caliente,
la mañana enroscada.

Tu silencio me huele a verde,
a sombra de lucero verde,
a tierra mojada .
Eres fósforo nocturno, persiana oculta,
arenal tejada,
tangencial sonoro, lumbral viajante de los lejanos rumbos en tus
cósmicas pisadas.

Una vez más estoy así descifrando el lenguaje de la vida.
Soy yo, aquí, en este lugar umbrío
a la sombra del agua.
Un estanque polar bañado por algas rotas.
Una inmensa maroma lo rodea por dentro
con sus cardos temporales.
Y nosotros, por fuera, muy cerca de las estrellas,
con acuática energía, lo observamos todo plácidamente,
profundamente en sus mínimos detalles
de amplísima razón.

Señor de los altos balconajes, agosto,
claridad entre tinieblas,
esperanza lacunar, te llamo desde esta isla solar,
muro lamento en carne viva.

Sometido a la acción de tu presencia
recorro mis costuras memoriales,
calmo mis dolores,
reconozco violentamente, astutamente,
brutalmente el placer de vivir.

La tarde suena a ti,
a ruido de parque y manzana.
Las ramas brotan. Es un hecho.
Los insectos se mueven. Un caminante se aleja.
Pienso. Soy capaz de pensar mi pensamiento.
Y se oye el dolor humano haciendo ruido. Y se oye.
Se oye a la gente sufrir
traspasados sus brazos por íntimos aceros silbantes,
se siente la elasticidad de sus huesos
rotados por fuerzas giratorias ,
el impacto de sus tejidos lacerados.

Y se piensa que la paz es una decisión posible, sí,
encima del tiempo, ocupando tu espacio,
aprendiendo a desplazar el aire que te pertenece,
llenando los pulmones, gozándolo,
con un placer carnívoro racional,

sometido a la acción de tu pensamiento.

Una mota de polvo en equilibrio,
una piedra diminuta, un surco en la arena,
bultos duros, bultos blandos,
arcos tendidos sobre piedras calientes,
la reticular estructura aérea,
los lobos marginales de lo indescrito,
formaban inmensos paneles por donde discurría el tiempo,
rozandola piel, atacando la retina,
como un volumen incomprensible .

En el alma
un impecable renovar
volviéndose luna roja
trasunto de la mañana,
volviendo al agua limpia
transparente y suave,
al descubrimiento del oxígeno, la pared, el vaivén de las hojas,
el punto determinante solar
en su perfecto equilibrio vivo.

Las hormigas suenan, los pájaros son sonido.
Se va produciendo el proceso de alta reconstrucción
del hombre inventando su propio sentido,
formándolo con su propia materia,
rociándolo con su propia saliva,
cumpliendo delicadamente la función
de cumplir con su vida.

Una calma lenta invade el aire.
Las seis, las diez. Vibra el aliento
en su campana de noche,
atento al inmóvil despertar de las estrellas.

Un cometa, una aventura de luz,
un pájaro, una planta,
forma palpitante de humo volador.
La humedad lo percute todo .

Es libre como sombra hecha vapor.

Pacífico humo, naranja espacial
que llevará mi cuerpo un día,
tinieblo dolor convertido en alma propia .
líquida sustancia vagante,
sordo rumor de Octubre
extraño al amplio gesto del olfato,
manantial filigrana, tóxico manjar felino
de lo que casi no existe siendo,
siendo tú.

Ya rompieron las aves la parte oculta.
Ha saltado limpia la mañana,
argumento cero, botella partida.
Un hombre dinámico azul cruza el tejado.
Partes de luna se sueltan, desgajadas.
Cae la noche triste, amasada en el patio,
disuelta en las ramas.
Un barril gris duerme a lo lejos
un sueño delicado de dulce geometría.

El silencio vuelve claro el rumbo estuche
poblado de un frenético sinfín.

Ya volaron las alas todas del atardecer
y el puro quemado tiembla entre los labios.
Todo crece y permanece

sucumbe y respira,
vive y muere al mismo tiempo
en idéntico proceso
de vida y destrucción.

Has vuelto las manivelas del cuarto repentinamente verdes.
El espacio a mi alrededor
crece y se dilata
abriendo mágicamente repentinamente puertas
por donde penetra la luz,
y luz detrás de la luz,
una claridad invisible y cegadora.

Una rama, de repente, se ha vuelto roja.
Un barco inaparente cruza la líquida sustancia
de lo irreal a lo futuro.
Una ola se diluye en el viento
cubriendo de sal la mirada.
Suenan el cuerpo su latido interno
mezcla de luz y sangrienta espuma.

Pero tú sigues y sigues, permaneces siguiendo,
unido a tu propia contradicción,
volando mentalmente por futuras aristas hacia espacios futuros,
recorriendo estelas, rompiendo nudos con tus propios nudos,
volviéndolos pacto de esperanza
entre la sombra y la luz.
¡Luz ! Luz.
Un factor imposible
extiende su vibración

por el ámbito aéreo.
Un factor impalpable
transforma el vacío en rica posibilidad.

Una suave tristeza
envuelve el mundo entero
como un gaseoso manto donde gozan y sufren
elementales partículas vivas de exquisita complejidad.
Se rompen en pedazos las mil calles de París.
Cede una casa, se yerguen mil.
Los amantes callan bajo espléndidas cuerdas
de piernas y brazos,
persianas y linternas ,
flores vacías, macetas abiertas.

Y el cálculo del agua espaciosa
sigue al cálculo del agua madura
y serena.
La obnubilación de la vida
volviéndose vida
y vida, más vida
esplendor caliente.

Pero un súbito perfil transparente
recorre los contornos de un sufrimiento canibal.
Su lenta ascensión desgarrar los tejidos
convirtiendo el espacio en un álgido sistema de refinado dolor.
Y yo voy sometido al horror de sus agujas,
a la combustión carnífera
de negros humores internos,

a la tortura y esplendor de sus planicies.

Por eso,
finalmente,
lanzo hacia ti mis gemidos más ocultos,
mis más apasionados clamores,
subido al mágico proceso que supone la vida.
No era más que un oscuro proyecto
antes de mí
a lomos del deseo.

Ahora soy esto, aquí, veo, huelo, pienso,
late cada uno de mis sentimientos
con fuerza.
Y aunque suenan también los huesos de todos los hambrientos,
y se siente el ruido de sus fracturas,
su horror muscular y destrozos carenciales,

una luz crepuscular perfora el sonido de sus lamentos,
haciéndose de nuevo densidad creciente,
llenando cada rincón
de esta aventura inicial
que por ti
llamamos vida.

DULCEMENTE APACHE

Se acabó de romper la carne toda
de todos los carneros.
Soñaban largamente las alas del amanecer
soltando manivelas rosas,
rutando,
salpicando
la lenta salida del amanecer,
palpitante mañana.

Diciembre pudo más que la lluvia.
Lo arrancó todo a su paso inquebrantable,
rompiendo almenas ,matando animales,
destrozando ramas, asaltando el agua estancada
con una invernal ferocidad.

Pero la luz lo penetraba todo.
Ya no buscábamos una razón para vivir
sino una excusa para seguir viviendo
sometidos a todas las presiones,
a todos los dolores,
a todos los horrores del blanco universo
que formaba nuestra vida.

Pájaros sin alas
volaban impasibles, camino de la nada.
Pero nosotros guardábamos en la memoria
un rumor de abeja y emparrado,
verde tentación en la esperanza del mediodía.

Un cable en medio del campo
colgado de algún punto imposible.
Plantas con inmensas boquillas
brotaban de la sombra.
Un gigantesco horizonte de cuartillas sin puntos
seguía nuestra alma de eternos navegantes
hacia un adiós incombustible,
hacia una fuente animal, cordón suave,
flotando virta, naciendo brasca
en algún punto del espacio
para vivir en libertad.

Contábamos con esa maravilla retinal
del ojo sagaz
capaz de penetrar lo desconocido.
Contábamos con el alma caliente
que nos transportaba
batiendo sus propios pulsos,
alertadamente alerta en sus propios insectos,
fugaz concreción convertida en bloque humano.

Y después con nuestras armas más exquisitas:
ríos de color azul que seguían a fuentes de colores,
fábricas enteras, transparencias enteras
compuestas de inmensas claridades,
junglosos valles, temblores infinitos
sujetos por infinitos cordeles a puntos infinitos,
a movimientos de ocultas manos
que nos amparaban en el brutal proceso
de interna navegación que nos constituía.

Nada sucedía a nada
pero todo era el principio de todo,
el total sentido configurándose a si mismo,
como un alba sonora de inextricable magnitud,
plantada ahí, aparecida ahí, de frente,
como un paredón blanco
ante nuestro asombro,
desafiando nuestros sentidos,
cegándonos.

Y fuimos llenando de viento imposible los oídos,
palpando el silencio con nuestros dedos, tocando las aguas,
rasgando su imposible estructura con las uñas.
Así la marítima entraña
giró sus cavernas más audaces
volviendo líquido elemento
lo que era gemido,
tormenta ,temporal y ruido.

Deslizamos rampas rojas,
caímos en simas, atravesamos pendientes selénicas,
rompimos precipicios,
naves, zapatos inmensos,
telas de paredes, navajas abiertas,
su filo tremendo,
produciendo cortes, desgarros, caóticas fracturas.

Una raya en el mar,
un hundimiento estelar.
Orificios del agua canela,
ortigas negras navegantes.
Una ventana abierta,
claridad pasando por dentro.
Un pozo de nieve
entre vista y mirada.
Un arrecife,
una planta, una puerta, una cuerda
de impalpables extremos.

Puntos negros como estrellas,
rumbos blancos manivela.
Rocas del país sonoro,
playas y compuertas,
arenas de mil colores,
cielos vivos en cascada,
tuercas negras,
tuercas.

La estela crepita,
sin embargo
nunca nos abandonó.
Cruzaba nuestra mente
interseccionalmente
a la línea del deseo.
Su frío mantuvo alerta los pulmones y el cerebro
mientras iniciábamos la ascensión.
Los patos, con su grasa salvaje
protegían nuestra piel.
Sus pies dorados abrían brechas en el hielo.

Burbujas silentes,
barcos de agua hacia el punto Australia.
Una sólida navegación de alto palmo
con conchas y lunares
en acuática perspectiva.

Nada ,
ni el lanzamiento capital ni la noche silenciosa
con su descendente ocaso
nada
podría frenar nuestra líquida inmersión
contra todas las corrientes, las aspas, los rancales,
las flores espinosas, las espinas, los cables,
las maromas, los pozos intersticiales
y el dolor ocular.

Pasamos por setas sumergidas de brutales andamiajes,
oquedades sin rumbo,
anfractuosas magnolias
de imposibles brazos veloces,
por alambradas que atrapaban en profundidad
cuello, manos y cintura
y sacaban de nosotros
los jugos más intrínsecos y fundamentales.

Y en este nuestro estado de conciencia ulcerada
reconocíamos la evidencia, la belleza, la importancia
y necesidad
de cada minuto de aire, de cada respiración,
de cada instante de vida.

Gritábamos , sí.

Gritábamos por si alguien desde algún punto,
en algún momento, por alguna rendija
del tiempo o del espacio
nos oía.

Nuestra voz sonaba dentro
y fuera.

Retumbaba en nuestra carne
y el eco nos respondía .

Un eco que ya era parte nuestra,
un dolor silencioso a gritos
que llevábamos marcado

en células y tendones,
vainas y meninges,
huesos, vísceras y pasiones,
abriendo nuestro corazón a veces
a una magnífica esperanza,
a una verde tentación de mediodía.

Y entonces nuestra alma, nuestra carne, todo nuestro ser
se abría cardinalmente
longitudinalmente
a las cuatro direcciones del sol,
saltaba de noche a las estrellas
y montados en su espacio más interno
volábamos, flotábamos, desaparecíamos
inmersos en la vorágine de esa exquisita navegación
que nos suponía vivir.

Para siempre y para todo,
desde nunca y desde nada,
movidos por estupendas mareas
de líquida absorción vegetal
soñábamos despiertos, soñábamos dormidos
por túneles negros, por túneles sin fondo
donde brillaba el viento
y olía la oscuridad.

Allí fue donde aprendimos la mágica naturaleza constelar,
vimos las diluviales planicies, su polvo elemental;
allí fue donde quebramos su estructura
y desvelamos el carnal furor
de sus rotaciones, saltamos sus esquiras celestes,
sus filos, sus agujas.

La rama torcal ondulaba lisa,
nítidamente sujeta así misma en el horizonte.
Una casa de agua sujetaba el espacio.
El barco manivela flotaba en el aire.
Una cadena de minutos quietos
arrastraba su sombra por el suelo.
Una hormiga diminuta ocupaba rabiosamente su cuerpo
imponiéndolo a gigantescas briznas.

Desde la isla Parwell a la Lima Daquitania
florecieron naranjos, silbaron dardos venenosos
y feroces pájaros astillaron las cortezas.
Desde Lems a Aran, desde Ucla a Sitamena
cabalgaban las aristas del vidrio más compacto
produciendo sangrantes roseólas y ampollas.
El cielo se quebró mil veces.
La piedra doscientas.
Pero el alma
como una sombra
obtularmente dispuesta en el centro de la cabeza
permaneció en su sitio

sujeta al rumbo marcado
por nuestra esperanza.

Todo aquello tenía que tener un sentido.

Y si no

hacía falta descubrirlo

inventarí si hacía falta.

¡Más ! ¡Adelante !

A la barca Perea, al cascarón aéreo

a la flotación molecular.

A traspasar membranas, lípidos polares, enlaces proteicos,

cationes, puentes sin alas,

lazos celulares, marismas y océanos .

Queríamos vivir; vivir hacia delante.

Morir hacia delante, andando, corriendo, amando, pensando

siguiendo las vetas musculares, perforando las almenas,

surcando los surcos más sangrientos,

los más dulces y nervudos.

Queríamos ¡Amar ! ¡Amar hacia delante !

como los escarabajos y las más grandes ballenas,

con ojos y saliva, dientes nodulares

y esternón.

Amar desesperadamente

con rabia rabiosa, gozo pendular,

arismática frecuencia y ternura.

Amar con cordeles infinitos
hacia puntos infinitos
poblados de rosas
amor verde
y calor.

Nadie podrá ya detenernos.
Lo sabíamos.
Nadie.
Ni alambre ni marea. Nadie.
Ningún bulto ni ley. Nadie.
Ni el aire curto, ni el latino pasillo vendaval .Nada.
Nada ni nadie podrá ya detenernos.

Un solsticio más. La noche de invierno.
Botellas ligeras en ángulos breves, la intersección.
Un rincón. Dulce de azul salobre. Dulce de luna selva.
Ahora vas a captar, verás, enramadas en la hierba,
hierro del arroz caliente, calimachos, aguapierna,
botón de carmín dorado, compuerta,
carimón, rosa caliente,
madreselva.

Tú permanecías en la puerta cero.
Álamos tristes amparaban tu retirada hacia la oscuridad.
Un perro colgaba en el vacío
sujeto por múltiples estructuras invisibles.

El aire flotaba. Un nardo. Un clavel. La fuente
en sombra radiada. Una persiana y
una puerta cero
abierta.
Dilatada.
Atada
con luz radiada.

Tú permanecías en la puerta cero
y el cero en ti
permanecía,
aleación sonora,
densa condensación calcárea, rutilón armado,
compuerta.
En la extensa viga de los sueños
manipulas muertas, cascadas, diremas,
latidos
de nivelada hierba.

El rey de la galáctica
sin embargo,
dulce pantera del mediodía
animal azul
de extrema peligrosidad,
dormía .

Dormía en azul
fuera de todos los colores,
fuera de todas las formas,
fuera de todos los leones,
con los ojos colgados del vacío.

Pero la mañana marginal,
la puerta transgredida,
hasta el humo gris,
todo permanecía.
Un humor singular y el espacio también.
El sol. Un sol pendular también.
Una imagen. Una sombra.
Un perfil. Una claridad rugosa.
El aire. La distancia
Un ocaso. Un brote.
La noche también
permanecía.

Perforar la distancia, gritar, soñar,
perder el sentido y la conciencia
por sabor a manos llenas,
caliente sonido rotando, girando,
batiendo nurdo,
saliendo distancialmente rumbalia,
arcobotante botador,
mastalla dulce y sedosa,
miralla.

Era así, así.

Como un torbellino de aspas ardientes
y brutales algas
que nos fueran introduciendo hasta los confines mismos
de quiméricas aguas.

Así

como un suspiro de amor amarillo.

Por eso
en las lámparas altas
más allá del rojo terroso
que tú extendías largamente con tu presencia
como un vapor que no pudieses contener
lanzándolo a lo alto,
reconocimos las fronteras del sueño,
nos asomamos al vacío de sus precipicios,
a sus más hondas grietas,
rodamos por todas sus laderas
y escalamos sus carnes, ojos y sombra.
Y es que sabíamos que antes o después,
encima y debajo, en algún punto,
de alguna forma, en algún instante,
sometidos a la ferocidad de largos dientes silbantes,
llegaríamos a descubrir una salida,
perdidos como estábamos en nuestra propia confusión
de hombres lanzados a un acto de furiosa navegación.

Una gota lenta,
espaciosa,
impasible, espléndida manifestación viva de una larga oscuridad
rodaba por su mejilla.
Un grito en la claridad.
Un silbido en la floresta.
Un lago espumoso enterrado en un cristal.
Suenan un tren a lo lejos.
Suenan palabras buscando su propio sentido
como viejas pasiones sin explicación.

Un palo golpea el agua, sonoro,
detenido, inmóvil.
Un vapor muerto abraza cafés imposibles.
Nadie entiende qué sucede.
Alguien sonríe
absorto en la contemplación.
Otro lo repite incansable.
También alguien llora.

Una calma blanca persigue mosquitos inexistentes
entre paredes de ingrátida tristeza.
Un árbol hueco habla. Otro respira.
Otro calla.
Un acústico rumor domina los gestos
en el líquido salvaje de la tarde.
Vértigo. Hélices. Rabia malva y ocaso .
El aire reaparece.
La atmósfera descansa
rodeando nuestros cuerpos.
Un gran velero blanco recorre las ventanas.

Tú,
mientras crujía el ritmo de mis articulaciones
entraste en mis sueños por una puerta desnuda.
Habías recorrido todas las estepas, cordilleras y glaciares.
Traías vino verde con sabor a verde
en tus manos de tiempo parado .

Flores disueltas coronaban tu cabeza;
corrientes temblorosas rozaban tu perfil
haciéndote invisible.

Y un vacío vienes,
un vacío helado, intenso, profundo y penetrante,
escuchaba todo lo nuestro,
cada una de nuestras respiraciones,
cada uno de nuestros gemidos,
incluso nuestro aliento.

Nuestra aventura estaba marcada
por un dolor de tenazas ardientes,
clavos sin salida y espinas al rojo,
por el insomnio más acerado de todos los mares.
Un universo de largas tentaciones amarillas
nos asaltaba con infinita velocidad
golpeando nuestros sentidos,
produciendo profundos cortes musculares
y lacerando nuestro espíritu con la más afilada saña.

El fuego era frío y la nieve ardiente.
De pronto un puñal se clavó en el agua.
Y después un rumbo de hielo
se rompió en mil estrellas.
Una gaviota subterránea al final deshizo todas las direcciones,
separó los vientos, destrozó las ecuaciones solares
y trazó geográficos caminos sangrantes en lamente.

Un golpe seguía al otro.
Del cuarto círculo caímos al primero
y en seguida al menos cero.
Estábamos perdidos.
El mar tenía aspás.
La tierra fracturas y espuelas.
El aire , el gran refugio para nuestra desesperación
un gran desierto ilimitado.

Todas las ruedas estaban ya vacías y las cadenas rotas,
los árboles disparados ya, sin freno,
las ventanas sin muros.

Pero el aire... el aire... el aire nos pertenecía.
Para siempre. Era enteramente nuestro,
por todas las partes y costados, por todos los puntos,
por todos los lados.

El aire aéreo, el marítimo, el vegetal,
el naranja, el cerrado, el negro, el abierto,
el transparente y el opaco,
el aire de todos los elementos y signos.

Y esta convicción convertía nuestro viaje interno en un
maravilloso desprendimiento,
en un estupendo recorrido sin fronteras,
límites ni impedimentos,
ampliamente situados en el horizonte,
divisándolo todo con exquisita ternura y precisión.

Lápices sin punta.
Plumas sin tinta, ríos sin esquinas.
El espacio, la madera. Manos entrelazadas, cuerpos juntos.
Un amor. Un gran amor
y después la eternidad.
Una eternidad con puentes interminables
y cercanas presencias de seres queridos
que saben vivir,
y aprenden cada instante a disfrutar.

Así el hilo de los sueños,
materia inicial entregada,
rompió el timón del fuego
y con lámparas y luminosas bombillas nos llevó hacia el Sur
urdiendo una fantástica contemplación
de formas y colores.
Arpas en cenital mudanza
convirtieron así la brutalidad calcárea de los altos paredones
en blanco esplendor alucinatorio.
numérica geometría multicolor
y deliciosa savia de aluvión.

Los rasgos de la cara
habían caído sobre el vidrio
saltando en mil pedazos.
Los ámos se habían vuelto carne
a fuerza de dolor.
Y los ojos: viento,
y después más viento, viento velocísimo,
casi tiempo .
Las altas señales de la electricidad
habían deshecho nuestra sombra,
rasgado nuestra silueta y espacio.
Pero el aire y el sueño,
desde siempre fueron nuestros,
y poco a poco ,bultos del vacío,
líquida sustancia aérea,
casi espíritu, finísimo vapor de agua ,
fuimos traspasando la materia y la distancia,
la tierra y el fuego, y poco a poco
fuimos aprendiendo a amar.

Amar a cinco manos,
a quince puntos cardinales,
a mil dientes, a ochenta golpes de caballo,
a cientos de estrellas lunares.

Amar , amar ,
en Ory, Leyla o Nogor,
en todas las sales del inmenso océano,
en cada antena y vendaval, subidos a todos los electrones,
más allá de cualquier estructura permanente.

Un hombre tocaba el saxo.
La tibia selva
con sus inmensos latidos
suspiraba lentamente.
La parte organosa,
la leña frondosa,
el trote de los zorros.
Las cadenas umbrosas,
láminas leñosas
de incalculable sopor.

Los arcos hacía nunca
recorrieron el horizonte con escamas y ballestas.
La luna pantera
movía de lado a lado
sus trenzas.
La mar fleciche
cambiaba sus alas blancas
por madre selvas.

Un silbido distal,
una concha y una piedra.
Lo veíamos todo.
Ramas del brotar frondoso,
ornaldas y selvas.
Las flores del mar océano, alcajibes y solpuertas.
Nada escapaba a nuestra imaginaria percepción.
Reflujos de la mar salada,
separando nuestras celdas.

Y así,
la tarde Noctezuma
en las rocas de Piquío
diluimos la umbreada ventisca del salitre.
Niños pasaban con patines.
Un zapato y una cuerda.
Un calamar sonoro.

Tarde en siesta.
Una barca lejana, casi inexistente,
soñaba despierta,
con los sueños abiertos
como párpados inmensos
de finas puertas.

Los pasos de agua, crujientes rodaderas,
espinosos ramajes, almenas,
rumores frutales,
todo brotaba, todo surgía a nuestro alrededor.
La lámina sorpresa cortó la línea por fin. A quemarropa.
Los surcos de los minutos se volvieron horas,
y las horas tiempo imperceptible a nuestro alrededor.
Una leve insinuación.
Un leve destello.
Y después nada volviéndose todo,
conciencia viva de ser vivo,
lujuria prodigiosa de hombres hundidos en sí,
detectando lúcidamente las manchas de su pensamiento.

Ahora el sol está en su sitio.
La noche, parada .
Las cicatrices se han cerrado.
Viene el mediodía ,imparablemente vertical.
La brisa, hielo verde retenido,
traspasa cada una de nuestras barcas, vehículos y motores,
tiñendo nuestra mirada.
Los ojos, la boca, la piel,
incluso la rabia
ha vuelto a su sitio.
Estamos aquí, así,
girando a altísimas velocidades por el universo entero.
Ha nacido la esperanza.
Adelante.
Rumbo hacia delante.

A toda vela.
Avanza tus manos hacia mí,
cógeme de dentro.
Arrástrame .
Sé dulcemente apache
y arráncame.
Adelante. A isla Parwell y a la Lima Daquitania,
a Ory, Leyla y Nogor,
y también a Setimana. Adelante.
A toda vela. A tumba abierta.
Ha vuelto el mediodía.
Ha nacido la esperanza.
Adelante.

FUEGO LUNARIO

Suspendido en el vacío, con una infectada distinción,
mi perro de presa favorito
me va mordiendo por dentro.
Y un gran aire roto
penetra las rendijas de mi carne.
No tengo otro remedio:
voy llenando los huecos de mi alma
con tiempo inerte.

Tú y yo,
nosotros,
estábamos condenados a la Eterna Australia,
al violín espeso de incandescentes cuerdas
unidas por nuestra desesperación,
a la nada hecha pedazos
con intáctica propulsión.

No había otro remedio.

Pero el aire,
el viento imprevisible
moviendo su fundamental fragilidad
por las aristas de los libros
iba con nosotros.

Era nuestro.

Y así mientras descendíamos a los más oscuros rincones de Paddington, a su terror y voracidad, volábamos, volábamos hacia lo más blanco y hondo. El aire nos empujaba.

Por encima de los más afilados dientes
la luz radial de lo imposible,
la noche mañana, la nada absoluta
se juntaba en nuestro vuelo
con el más puro día.

Por eso el punto volar, la carne arqueada, las espinas
la piel incluso suspendida de sí misma,
incluso la clave del tiempo inerte,
y hasta el mar sujeto a sí,
tenso como un arco voltaico,
todo, todo urgía.

No hago así más que resumir
la feroz distancia
de esa sorpresa
que para nosotros era
la vida.

Un océano inevitable en su belleza... la vida...
el crepuscular lanzamiento de hojas y mareas... la vida...
¡el espacio ahí !... inmutable y sereno...
... la vida convertida en dimensiones... ¡urgiendo !
¡urgiendo entre nosotros ! ¡entre tú y yo !...
Era como soñar... No soñar a secas sino
¡soñar, soñar, soñar ! Tan sólo con cruzar la esquina...
soñar.

Sangra la gorra ulcerada de mi pensamiento
cuando lo recuerdo.
Y por el filo de mi alma
sangran suspiros lentos
latidos de fresca sombra
y viento...cuando lo recuerdo
y siento
crujidos lentos
de un ayer haciéndose mañana
por dentro
como gotas cayendo
dentro
formando dolorosos canales
que vuelven mi espíritu
a la luz del mediodía .

Así es como ando
por debajo de la altura de los ojos.
Como un pez debajo de una estrella inclinada
que pudiera deslizarse y me pudiera aplastar.
Como una luz que desplaza su sombra
hacia su nocturna profundidad.

Cables, manivelas apretadas,
cintas coloradas pendientes de los labios,
zumo de hombres doloridos
formando un nudo
de unidas gargantas buscando un punto de luz,
gritando angustiosamente.

Puedo ser todo lo que soy. Todo lo que eres.
Te puedo sentir. Puedo pensar el pensamiento nuestro.
Y ver lo que tú y yo vemos.
Un trozo de sal, un punto de mar ,
un bulto de sol, hasta un cuello roto
sin cabeza.

Pero también un espacio azul
cruzado por negros pájaros inversos
que lo perforaban brutalmente
hacia salientes flores rojas
y transatlánticos vientos.

Un paso. Dos. Una raya en la pared.
Hay que seguir. ¡El tiempo oscila !
¡Un silbido verde cruza
la frontera de la nada
y se diluye en París !
Estás aquí. ¡Aquí !
Por la ventana abierta
camino de las estrellas
la sombra de tu sonido
calma la proximidad de la muerte.
Estás aquí .

Mí negra gota en su vaso
permanece inmóvil considerando tu marítima estructura,
tu alma de madera verde
color de cuero dulce, calor de calor caliente.
Te huelo. Toco tu aliento. Muerdo tu nombre. Respiro tu
[presencia.
Me acuesto en tu silencio. Un limpio dolor corre por mis venas
cuando te veo.

Al límite de todo el tabaco,
profundamente dentro del café,
hasta en las alas del silencio más silencioso
eres fuente de cerezas
y tu voz el licor más hermoso de todo el mediodía.

Sí. Verás.

De estrella en estrella, subidos a todos los cables, a todos los hilos
después de la profundidad del calcio,
en todos los rincones, agujeros, en simas
y precipicios
un punto,
una recta será nuestra.

Al ritmo de todos los instrumentos
volaremos el viento, seguiremos sus alturas
y volveremos nuestra la estrategia de las flores.

¿O no recuerdas?

Un niño pinta en la pizarra.

Suena la tiza debajo de las venas
mitigando los tejidos

tornando inmenso el largo viaje de la sangre.

Sí. Era posible.

Un niño pinta en la pizarra y escribe letras de colores
que rozan los tiernos secretos de la primavera
y empujan el corazón con maravilloso tráfico doloroso
hasta el sur.

Era posible. ¿Lo recuerdas ahora?

¡Cómo se movían las ballenas d'Arval !

¡Cómo cruzamos sus terribles dientes

y el impacto de su presencia sumergida !

Seguimos las vetas girondinas del más puro ámbar,
su brutal raíz inundada

y el espectro de todos sus colores.

Vivíamos la trayectoria de todos nuestros nervios,

cada uno de sus alaridos, su interno salvajismo,
y su destrucción más organizada,
aquella que fracturaba el alma
en miles de astillas.

Tus ojos sonaban a bronce.
Tu alma sonaba a estrellas.
Tus labios a hielo dulce
y tu cuerpo a madre selva.

Un manojo de islas verdes
rompía el sueño del pájaro sonoro.
Su voz traspasaba la frontera del miedo
y se iba diluyendo
consumiendo su cuerpo en ruido.
Ni el oxígeno más alto ni la más alta latitud que nos arrastraba
podía frenar ya el impulso de nuestras alas.
Todo ascendía.
Todo volaba imparablemente.
Sí. Así era nuestro universo equinoccial.
Sus colores: sus fuerzas. Su dolor: el de los circuitos circulares.

Y aunque vengo con el corazón roto
como una lagartija en otoño
con mi lata de dolor bajo el brazo...
aunque vengo batiendo las zanjas con los pulmones al aire...
vamos a esperar juntos el retorno de las águilas más azules...
el de las caricias más perfectas...
vamos a dejar que la noche nos envuelva

ardientemente
nocturnamente
y hundidos en su seno como animales ateridos de calor
esperemos el primer resplandor de la mañana
con los ojos intensamente abiertos.

¿O no recuerdas?
Un niño pinta en la pizarra y escribe letras de colores
que empujan el corazón
hasta el sur.

Era posible. ¿Lo recuerdas?